

Pero él despertaba como de un negro ensueño, y de pronto se vió presa de dulces y vehementes deseos.

—«¡*Signora Laura!*—dijo—soy un infeliz perseguido por el odio, la miseria y la mentira.» Después dudó y añadió balbuciente:—«Pero yo os amo.»—Entonces brotó de sus ojos una lágrima de alegría, y con los ojos húmedos y los labios flameantes, exclamó:—«¡Sé mia, oh joven, y ámame!

Un obscuro y misterioso velo cayó sobre aquella hora: ningún mortal sabe lo que la *Signora Laura* contestó: si á su ángel custodio se le pregunta en el cielo, se cubre la cabeza, suspira y calla.

Largo tiempo permaneció el caballero solo junto á la estatua de Laocoon; su fisonomía estaba tan contraída y pálida como la de ella; inconscientemente deshojaba una por una las rosas, y arrancaba hasta los nacientes capullos. Jamás el rosal volvió á dar flores.

Á lo lejos se lamentaba un delirante ruiseñor; los sauces susurraban quejumbrosos; murmuraban sordamente las frescas ondas del Brenta; fué elevándose la noche con su luna y sus estrellas, y una hermosa estrella, la más hermosa de todas, se precipitó del cielo.

CAPÍTULO XIX.

¿Llora usted, señora? (1).

¡Ah! ¡Ojalá los ojos que tan hermosas lágrimas derraman iluminen aún mucho tiempo el mundo con sus rayos, y una mano cálida y amorosa los cierre un día en la hora de la muerte! Una blanda almohada es todavía una buena cosa en la hora de la muerte, y ¡ojalá que entonces no le falte! Y cuando la hermosa y fatigada cabeza se desplome sobre ella, y la negra cabellera se esparza en ondas sobre el pálido semblante, ¡oh! entonces premie á usted Dios las lágrimas que por mí ha vertido....., pues yo mismo soy el caballero por quien ha llorado; yo soy el errante caballero del amor, el caballero de la estrella caída.

¿Llora usted, señora? (2).

¡Ah, yo conozco esas lágrimas! ¿A qué fingir más? Usted, señora, usted misma es la bella dama que lloró tan amorosamente en Godesberg, al referirle yo el triste cuento de mi vida. Como perlas sobre rosas rodaban las

(1) En el original en francés: *Vous pleurez, Madame?*

(2) Idem id.

bellas lágrimas por las hermosas mejillas; el perro callaba, el toque de oraciones sonaba en Königwinter, el Rhin murmuraba dulcemente, la noche cubría la tierra con su negro manto y yo estaba á sus pies, señora, y veía arriba en el estrellado cielo..... Al principio tomé también sus ojos por dos estrellas..... Pero ¿cómo se pueden confundir tan bellos ojos con estrellas? Esos fríos luminares del cielo no pueden llorar sobre la desgracia de un hombre, que tan desgraciado es, que ya no tiene lágrimas.

Y tendría aún motivos especiales para no desconocer esos ojos. En esos ojos habitaba el alma de la niña Verónica.

He echado la cuenta, señora, y usted nació precisamente el día en que la niña Verónica murió. La Juana de Andernach me había predicho que había de volver á encontrar en Godesberg á la pequeña Verónica, y al punto he reconocido á usted. Fué una mala ocurrencia, señora, la de morirle usted entonces, cuando nuestros lindos juegos empezaban á ir ya bien. Desde que la piadosa Úrsula me dijo: «Eso lo hace la muerte», comencé á pasearme solo y grave por la gran galería de pinturas; los cuadros no me agradaban ya como antes; parecíame que de pronto habían palidecido; sólo uno había conservado su color y su brillo..... Usted sabe, señora, el cuadro á que me refero: al del sultán y la sultana de Delhi.

¿No recuerda usted, señora, que nos estábamos las horas muertas mirándole, y que la piadosa Úrsula se

sonreía de un modo singular, cuando las gentes reparaban en que los semblantes de aquellas figuras se parecían mucho á los nuestros? Señora, veo que había usted sido perfectamente retratada en aquel cuadro, y es inconcebible cómo el pintor llegara á representar hasta el traje que usted llevaba entonces (1). Dicese que se había vuelto loco y que había soñado su imagen de usted. ¿O acaso residió su alma en el gran mono sagrado que la servía entonces como *jockey*?

En este caso debió acordarse perfectamente de aquel velo gris de plata que echó á perder una vez derramando sobre él vino tinto. Yo me alegré de que se le quitara, porque no le sentaba á usted bien, pues generalmente las señoras están mejor con el traje europeo que con el indio, si bien es verdad que las mujeres hermosas lo están en cualquier traje.

¿No se acuerda usted, señora, de que un *galante* Brahman — que parecía á Ganesa, el dios de trompa de elefante, caballero en un ratón — le dirigió á usted cierto día el cumplido de que el divino Maneka, cuando descendió de la áurea ciudad de Indra, al lado del penitente rey Visvamitra, no estaba seguramente tan bello como usted?

¿No se acuerda usted ya? Apenas han pasado tres mil años de que le dijeron esto, y las mujeres bonitas no suelen olvidar tan pronto una tierna lisonja.

No obstante, á los hombres les sienta mucho mejor

(1) La versión francesa añade: *en Delhi*.

el traje indio que el europeo. ¡Oh, mis pantalones de Delhi de color rosa, bordados de flores de loto, si yo os hubiera llevado cuando estaba ante la *Signora* Laura suplicándola me amase, de otra manera hubiera terminado el capítulo precedente! Pero ¡ah! llevaba entonces un pantalón color de paja que tejiera en Nanking un estúpido chino, tejí en él mi perdición, y fui desgraciado.

Siéntase con frecuencia un joven ante la mesita de un cafetín alemán, y apura tranquilamente su taza; mientras tanto, en la vasta y lejana China crece y florece su perdición, se la hila y teje (1), y á pesar de la alta muralla de Pekín (2) sabe abrirse camino hasta el joven que la toma por un par de pantalones de Nanking, se los pone sin prevención y se hace desgraciado (3). Y, señora, en el exiguo pecho de un hombre puede esconderse un gran infortunio, y mantenerse tan bien oculto, que el pobre hombre hasta se pasa días enteros sin sentir nada, y está contento y danza alegremente, y silba y canta: ¡lalaralala, lalaralala, la, la, la!

(1) En la versión francesa: *se la teje y tiñe*.

(2) El original dice: *China*.

(3) La versión francesa añade: *para el resto de su vida*.

CAPÍTULO XX.

Ella era amable, y él la amaba; pero él no era amable, y ella no le amaba.

(*Antigua pieza dramática.*)

—¿Y ha querido usted suicidarse á consecuencia de esta necia historia?

—Señora, cuando un hombre quiere suicidarse, siempre tiene razones suficientes para ello, puede usted creerlo así. Pero la cuestión es saber si él mismo tiene conocimiento de ellas. Hasta el último instante nos engañamos á nosotros mismos. Hasta enmascaramos nuestra miseria, y mientras espiramos á causa de una herida en el pecho, nos quejamos de dolor de muelas.

Señora, ¿conoce usted de veras un remedio contra el dolor de muelas?

Pero yo tenía dolor de muelas en el corazón. Es un mal de los peores, y en este caso, el mejor remedio es llenarle de plomo y los polvos dentífricos inventados por Barthold Schwarz (1).

(1) La versión francesa dice: *remedio es el plomo y la pólvora negra inventada por Barthold Schwarz*.

Como un gusano roía y roía la desgracia mi corazón; el pobre chino no tiene culpa alguna; yo he traído al mundo esta desventura conmigo. Ya estaba conmigo en la cuna, y cuando mi madre me mecía, se mecía conmigo, cuando cantaba para dormirme se dormía también, y se despertaba así que yo volvía á abrir los ojos. Cuando yo crecí, creció también la desgracia, y cuando me desarrollé al fin por completo, hizo estallar mi....

Pero hablemos de otras cosas, de coronas virginales, de bailes de máscaras, de alegría y de fiestas de bodas: ¡lalaralala, lalaralala, lararal, la, la, la! (1)

(1) La versión francesa dice: *de coronas de flores, de jóvenes, de bailes de máscaras, de placeres y de alegrías.... Trala, la, tra la la, la la la, -la, -la, -la....*

FIN DE IDEAS Y DE LA PRIMERA PARTE
DE LOS CUADROS DE VIAJE.

ÍNDICE.

INTRODUCCIÓN.

	PÁGS.
Heine, su vida y sus obras.—Ensayo biográfico y crítico.	v

CUADROS DE VIAJE.

Prólogo á los CUADROS DE VIAJE.	LXXI
Prólogo de Heine á la versión francesa.	1

PARTE PRIMERA.

I. Viaje al Hartz.	9
II. Norderney.	123
III. Ideas.—El libro Le Grand.	187